

LA  
ESTRELLA  
Y EL VACÍO

África Vázquez Beltrán



Primera edición: mayo de 2023

Dirección editorial: Berta Márquez  
Coordinación editorial: Alejandra González  
Dirección de arte: Lara Peces  
Ilustración de cubierta: Iván Cortés Candalija  
Diseño de interiores: Mireia Rey

© del texto: África Vázquez Beltrán  
© Ediciones SM, 2023  
Impresores, 2  
Parque Empresarial Prado del Espino  
28660 Boadilla del Monte (Madrid)

ISBN: 978-84-1962-110-8  
Depósito legal: M-5517-2023  
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución,  
comunicación pública o transformación de esta obra  
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,  
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO  
(Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org))  
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Para mi Jedi gris, por ser y darme  
la luz de todas las constelaciones.  
Siempre juntos a través de las estrellas.*



---

## U.N.O

Cuando los guardias del penal fueron a buscar a North, hacía cien años que se había producido una supernova cerca del Sistema de Ur. La joven humana contempló la explosión desde la cantera, una mancha iridiscente que alumbró el cielo durante trece segundos y medio. Naranja intenso, añil profundo, verde esmeralda. No recordaba haber presenciado nada tan hermoso desde la última lluvia de meteoros, cuando todavía vivía en la colonia de Marte con sus padres y Skye.

Se detuvo al instante, olvidando las piedras que estaba transportando. Por una vez, su compañera, una talasiana malhumorada que cumplía condena por varios asaltos a naves comerciales, no protestó.

La explosión de color se desvaneció del firmamento y dos soldados prime se dirigieron a North:

-24601.

La joven se volvió hacia ellos. Eran androides de segunda categoría, infantería rasa a la que enviaban a patrullar los planetas complicados o a vigilar a la chusma de los penales. No parecían descontentos con su trabajo, aunque los androides tampoco se quejaban nunca. Esos dos eran modelos con la ca-

beza cónica, una pantalla en vez de ojos y brazos metálicos acabados en pistolas láser; por mucho que fuesen de segunda categoría, no parecía una buena idea provocarlos. Si North los observaba a través del visor que la obligaban a llevar en el penal, podía ver un letrero flotante sobre cada uno de ellos que rezaba:



-24601 -repitearon los dos al unísono, con esas voces metálicas que no tenían género.

-Esa soy yo, ¿verdad? -suspiró North, mirando de reojo a su compañera.

-¿Qué has hecho esta vez, humana? -susurró la talasiana pronunciando mucho las eses, como hacían todos los habitantes de Júpiter y sus satélites. Sus nueve ojos contemplaban a la joven con una mezcla de hastío y conmiseración.

-¿Por qué das por sentado que he hecho algo? Tal vez solo sean miembros de mi club de fans -se defendió North mientras los soldados prime se situaban uno a cada lado de ella. El de la derecha señaló la entrada del edificio principal del penal, donde se encontraban las oficinas. La chica se resistía a moverse-. Escuchad, le he dicho cientos de veces al alcaide que no firmo autógrafos después de las siete de la tarde...

-Camina, 24601 -la interrumpió uno de los androides.

Su tono no admitía réplica. La talasiana echó un último vistazo a North antes de girar su cabeza triangular hacia los barracones de los prisioneros.

–Suerte –le pareció que le decía antes de marcharse, aunque puede que se lo imaginara. El letrero que flotaba sobre su cabeza era distinto al de los soldados prime:



En realidad, North se sentía inquieta. El alcaide de la prisión era un orgánico (humano, para más señas), pero trabajaba para TechnoPrime. Y eso era casi peor que un sintético, porque al menos los androides y robots estaban programados para ser unos malditos desgraciados, y los cyborgs podían culpar a su módulo de control. Los padres de North decían que los orgánicos que servían a TechnoPrime lo hacían por miedo o porque les habían lavado el cerebro; ella opinaba que servir a una inteligencia artificial que defendía la supremacía de las máquinas no tenía excusa.

En cualquier caso, sabía de sobra que el alcaide no mandaba llamar a ningún preso a su oficina para darle los buenos días. Se preguntó si aquello tendría que ver con el juicio. Aún estaba en prisión provisional, tal y como indicaba la etiqueta blanca que llevaba en la pechera del uniforme. Después, cuando hubiera una sentencia firme, le pondrían una etiqueta azul

o naranja. Si su abogada orgánica lograba convencer al tribunal de que North Jenkins era una idiota de diecinueve años que había intentado hackear el sistema de seguridad de TechnoPrime para robar créditos, le pondrían una etiqueta azul y pasaría dieciocho meses más en el penal de Marte. En cambio, si la fiscalía sintética lograba convencer al tribunal de que North Jenkins era una idiota de diecinueve años que había intentado hackear el sistema de seguridad de TechnoPrime porque formaba parte del Escuadrón Tormenta, la alianza clandestina de orgánicos que se oponían al régimen, le pondrían una etiqueta naranja y pasaría el resto de su vida picando piedra, lejos de su familia y de todo lo que le importaba.

El asunto no pintaba bien.

Los carceleros la condujeron hasta las puertas del edificio principal. El penal de Marte era un complejo situado sobre una planicie rocosa, a unos cien kilómetros del lugar en el que el Perseverance, el rover enviado por la NASA en 2020, había encontrado la primera señal de lo que entonces se conocía como «vida extraterrestre». Eso había sucedido doce años antes del Primer Contacto entre humanos y alienígenas, y cuarenta y ocho antes de que la Alianza de Sistemas cediera todo el control de la Vía Láctea a TechnoPrime. En tiempos mejores, el penal había sido un monumento en honor a la misión de la NASA. Aquellos, sin duda, eran tiempos peores.

North Jenkins lo sabía mejor que nadie. Sus padres, Oberon y June, habían formado parte del Escuadrón Tormenta cuando su hermana Skye y ella eran pequeñas. El recuerdo de la fallida misión Éxodo todavía era una sombra alargada que se cernía sobre su familia, incluso después de todos esos años. Ahora sus padres trabajaban como obreros en la colonia humana de Marte y su hermana había ingresado en el Cuerpo de Sanitarios.

En cambio, ella estudiaba programación porque parecía una carrera con futuro.

Por desgracia, sus conocimientos de alumna de segundo grado habían sido suficientes para meterla en un buen lío.

No podía perder el juicio. Si la condenaban a permanecer en el interior de aquel campo magnético durante el resto de su vida, rompería el corazón de sus padres. Prefería que la arrojaran de una nave en pleno vuelo, aunque eso último ni siquiera era una posibilidad: TechnoPrime prohibía la pena de muerte. Le salía más rentable explotar a los orgánicos hasta que desfallecían. O simplemente abandonarlos cuando ya no les quedaban créditos que gastar.

North contempló el cielo, donde todavía podía apreciarse el rastro de la supernova. Hacía más de un siglo que se había convertido en una nebulosa, pero la explosión había tardado todo ese tiempo en llegar hasta Marte desde el Sistema de Ur. Su padre le había explicado todo aquello cuando era pequeña: qué eran los años luz, a qué distancia estaban los diferentes sistemas de la Vía Láctea, cómo se las arreglaban las naves para viajar de un extremo a otro de la galaxia en cuestión de meses. Casi podía escuchar su voz, profunda y melodiosa, narrándole las maravillas del universo.

«Espero que tú también hayas visto la supernova desde la colonia, papá», pensó mientras los androides y ella accedían al edificio principal, una estructura de basalto y hierro, con forma de pirámide truncada y sin ventanas. La oficina del alcaide poseía una claraboya desde la que se podía contemplar una hermosa panorámica de Júpiter y Saturno. ¿Cómo lo sabía North? Pues porque había estado allí nada más llegar, cuando aún confiaba en salir indemne de todo aquello. Seis meses

trabajando sin descanso en la cantera habían frenado un poco su optimismo.

Ahora, con cinco kilos menos y un par de cicatrices fruto de la rivalidad entre uranianas y plutonianas (ella no se metía en broncas alienígenas, no era su estilo, pero más de una vez se había visto involucrada en las reyertas que se organizaban en el patio del penal), empezaba a pensar que el asunto iba en serio. Contempló su reflejo en las paredes de metal del elevador y reprimió un gesto de disgusto. Sus ojos, redondos y oscuros, parecían más negros que nunca en contraste con su piel; sus labios habían perdido su habitual tono rosado y hasta las pecas de su nariz habían palidecido. El pelo, castaño y sin brillo, se parecía cada vez más al pelaje de un ratón, y lo llevaba recogido en una coleta baja de la que escapaban algunos mechones. El uniforme le quedaba grande y las botas le hacían rozaduras en los pies. Sin pretenderlo, bajó la vista hacia la marca negra de su muñeca derecha, que tenía el tamaño de la huella de su dedo pulgar y una textura dura y áspera, similar al tacto de la roca volcánica o las escamas de un reptil. No tenía ni idea de cómo se había hecho aquello, pero la había acompañado desde que era una niña.

Las puertas del elevador se abrieron y apareció un despacho de forma ovalada, con una larga mesa sobre la que flotaban decenas de pantallas, varias butacas forradas de cuero sintético y un acuario de peces exóticos que cubría por completo una de las paredes. North, cuya asignatura favorita de la escuela había sido Ciencias de la Tierra, solo necesitó un vistazo para saber que se trataba de especies escandalosamente caras y extremadamente protegidas por las leyes terrestres. «Como si tuviesen algún valor ya», pensó, y, resignada, se

obligó a contemplar al hombre que la esperaba al otro lado de la mesa.

-North Jenkins -saludó con tono jovial, y nueve de las diez pantallas se apagaron de golpe. La décima solo era visible para él.

-Alcaide Paget -respondió la chica de mala gana.

No pudo resistir la tentación de echar un vistazo al letrero flotante que había sobre su cabeza.



-Siéntate, por favor.

El alcaide esbozó media sonrisa. Era un tipo de edad indeterminada y estatura media, delgado y completamente calvo. Su cabeza tenía forma de bombilla, pero poseía unos ojos azules que brillaban con calidez y hacían que uno se sintiese cómodo en su presencia, incluso cuando no tenía razones para ello.

Eso era lo peor de los agentes de TechnoPrime: eran amables y educados hasta para arruinarte la vida. Quizá por eso la Alianza de Sistemas le había cedido a la inteligencia artificial el control de la Vía Láctea hacía más de medio siglo, porque la gran corporación tecnológica tenía hordas de comerciales listos para vender cualquier producto, incluso si el producto era un régimen dictatorial. Sus agentes, ya fuesen

sintéticos u orgánicos, nunca perdían la compostura ni decían una palabra más alta que otra, y utilizaban expresiones como «es el procedimiento habitual» o «tal y como indica claramente el contrato que usted firmó» cuando alguien se quejaba de que lo expulsaran de su casa o le negaran los suministros básicos. De poco servía que la gente se quejara de que los contratos resultaban incomprensibles por ser tan rebuscados. Un simple mensaje de «Créditos insuficientes» podía condenar a una persona a morir de inanición sin que nadie se hiciera responsable de ello.

Los agentes de TechnoPrime que trabajaban de cara al público «no tenían competencias» para resolver ningún problema; los agentes que sí tenían competencias, y cuyo nombre no aparecía en ninguno de los contratos que TechnoPrime obligaba a firmar a cualquiera que pretendiese vivir bajo techo u obtener bienes de primera necesidad, se ocultaban tras los nombres de cientos de departamentos con los que uno solo podía contactar telemáticamente.

Hallarse frente a un hombre como el alcaide Paget, que tenía cierto poder de decisión, era todo un privilegio para la joven. Por mucho que a ella le disgustara la idea.

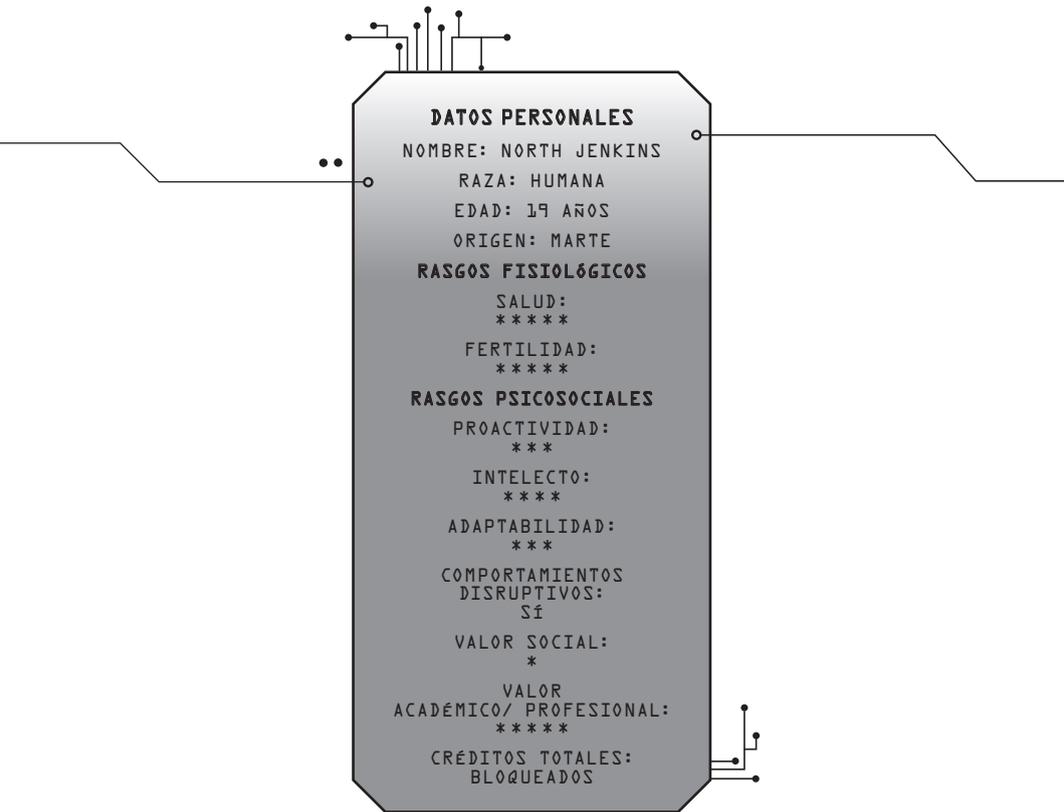
–¿Cómo van las cosas? –le preguntó el alcaide, como si la joven estuviese en un campamento de verano y no en prisión. La calva le brillaba bajo los focos del despacho. North se obligó a desviar la vista de ella y centrarse en los ojos de su interlocutor.

¿Qué pretendía que le dijese? «Aquí estoy, intentando que ninguna plutoniana enfurecida me clave el tenedor del postre en el cuello». Resultaba muy tentador.

–Bien –se limitó a contestar.

-Me alegro, me alegro. -El alcaide Paget asintió un par de veces y le mostró una pantalla portátil donde tenía abierto su expediente.

Ella se lo sabía de memoria, lo había revisado cientos de veces desde su detención. Aun así, tuvo que fingir que volvía a leerlo para que el alcaide se diera por satisfecho.



North reprimió el impulso de torcer el gesto. Que su valor social fuese igual a una estrella significaba dos cosas: que la había cagado demasiadas veces y que, en caso de que su

vida corriese peligro inminente, TechnoPrime no movería un dedo por salvarla. Cuando se producía un accidente y los servicios de emergencia debían rescatar a varias personas, aquellas con un valor social inferior eran las últimas en ser evacuadas, o bien se las abandonaba directamente. Algo similar ocurría en los hospitales cuando había más pacientes que tratamientos disponibles. North había escuchado historias escalofriantes sobre ancianos humanos a los que se les había negado la asistencia sanitaria, ya que TechnoPrime consideraba que el valor social de un orgánico disminuía con la edad.

Solo un sistema gobernado por máquinas podía ser tan inhumano.

Al menos, se dijo, habían bloqueado sus créditos mientras permanecía en el penal. De lo contrario, hubiese perdido bastantes evitando que las alienígenas se mataran en las duchas o en el patio.

–En fin, North –carraspeó el alcaide Paget–, ¿puedo llamarte North?

«Señorita Jenkins para ti, lamecircuitos».

–Claro –respondió ella, apretando los puños.

–Ya queda poco para que se celebre tu juicio. Me imagino que estarás nerviosa.

«Qué va, le he cogido cariño a este sitio».

–Tal vez –carraspeó Paget al ver que no decía nada– podamos conseguir un veredicto favorable.

Al principio no entendió muy bien lo que quería decirle. ¿«Podamos»? ¿Desde cuándo al alcaide le importaba lo más mínimo el destino que corriese alguien como North?

-Te estarás preguntando a qué viene todo esto. -El alcaide le dirigió una sonrisa comprensiva y North deseó poder estampearle la pantalla en la cara-. TechnoPrime tiene una propuesta para ti.

Sus esperanzas se desvanecieron al escuchar aquello.

-No sé cuántas veces os lo he dicho -suspiró North-: no puedo contaros nada del Escuadrón Tormenta porque no pertenezco a él. Soy una ladrona, no una rebelde...

El alcaide Paget levantó las manos para interrumpirla.

-No te estoy pidiendo nada de eso, North. Nadie va a interrogarte. -Hablaba como si la sola idea fuese despreciable, a pesar de que North ya había sido interrogada tres veces desde el día de su detención-. Se trata de que le hagas un pequeño favor a TechnoPrime. A cambio, la fiscalía aceptará la petición de tu abogada y no será necesario que el tribunal se pronuncie. Te condenarán a dos años de prisión, de los cuales se te descontarán los meses que ya llevas aquí. Saldrás de este penal con veinte años y toda la vida por delante.

North se inclinó hacia el alcaide.

-¿De qué clase de favor estamos hablando? -preguntó, intentando no parecer ansiosa. Aquello sonaba demasiado bien como para ser verdad.

-Hemos recibido información preocupante acerca de un posible fallo en la seguridad de TechnoPrime -explicó el alcaide Paget-. No quiero aburrirte con los detalles, pero digamos que hay una puerta que... necesitamos cerrar.

-¿Y no tenéis informáticos más experimentados que yo para hacerlo? -North sabía que estaba tirando piedras contra su propio tejado, pero le parecía absurdo que TechnoPrime hubiese pensado en ella.

–Sí, los tenemos –concedió el alcaide–, pero no me has dejado terminar. Hay que cerrar esa puerta... con la mayor discreción posible. Si TechnoPrime enviara una de sus naves en una misión oficial, habría rumores. Por eso se ha decidido contar con colaboradores externos.

«Es decir, con gente que os haga el trabajo sucio». North apretó los dientes antes de responder:

–¿Dónde está esa puerta?

–Al otro lado de la galaxia, al final del Brazo de Perseo. –Paget volteó la pantalla y le mostró un mapa de la Vía Láctea. El lugar estaba resaltado en amarillo y había una cruz en uno de sus extremos–. Tardaréis unos tres meses en ir y otros tres en volver, que también se descontarán de tu condena.

–¿Tardaremos? –preguntó North sin apartar la vista del mapa–. ¿Quiénes?

–Viajarás en la nave de uno de nuestros colaboradores. –El hombre volvió a girar la pantalla y a ella no le quedó más remedio que mirarlo de nuevo–. No puedo darte más información hasta que aceptes, North. Son datos confidenciales.

–Entiendo. –Hizo una pausa y luego añadió–: Contad conmigo. Su instinto le decía que había gato encerrado en todo aquello, que TechnoPrime no podía estar ofreciéndole en bandeja algo así a una supuesta rebelde. Pero aceptar el trato era mejor que depositar todas sus esperanzas en una abogada de oficio, por bienintencionada que fuese.

–¡Fantástico! –Los ojos azules del alcaide brillaron de satisfacción, como si North fuese una vieja amiga que hubiese aceptado asistir a su fiesta de cumpleaños. Cómo detestaba a los orgánicos de TechnoPrime–. Firma aquí y podré darte información más concreta.

Le tendió la pantalla y North firmó sin leer las condiciones del contrato. No tenía la posibilidad de negociar ninguna de sus cláusulas, no en su situación.

-Enhorabuena, North -dijo el alcaide Paget, haciéndoles un gesto a los soldados prime, que abandonaron sus posiciones y se acercaron a la joven para quitarle el collar de seguridad-. Acabas de dar el primer paso hacia tu libertad.

-Desde luego, hoy es mi día de suerte. -Su comentario sonó más irónico de lo que pretendía, pero el hombre no pareció darse por aludido.

-Viajarás en el Nautilus, una nave registrada como comercial, pero equipada como cualquier buque de guerra -le explicó acto seguido-. Lance Dune, su capitán, tiene cuatro tripulantes a su cargo, cinco si cuentas al robot que los acompaña a todas partes.

-¿El capitán es un androide? -preguntó North con desgana.

-Cyborg -corrigió el alcaide Paget-. Es un tipo reservado, pero eficiente.

Eso sonaba a que era antipático y despiadado, pero North tampoco esperaba más de un cyborg. Eran un poco más orgánicos que los androides, pero los módulos de control que les inyectaban los obligaban a servir a TechnoPrime.

-Ah, una cosa más -dijo Paget entonces-. No debes hablarle a nadie de esta misión, ni siquiera a tu familia o a tus amigos más cercanos.

-Entonces, ¿qué les digo?

-No podrás comunicarte con ellos hasta que regreses -explicó el alcaide-. Pero mira el lado bueno: la próxima vez que lo hagas, será para darles excelentes noticias.

North evocó el rostro de su padre, cuadrado y amable, los ojos verdes y la barba entrecana. Luego el de su madre, moreno y vivaz. Y el de su hermana mayor, tan bonita, tan formal, tan diferente a ella. Sabía que su internamiento en el penal les había arruinado la vida a los tres; ahora tenía la oportunidad de enmendar sus errores... y salvar su propio trasero, lo cual tampoco sonaba nada mal.

-Eso espero, alcaide -se obligó a responder.

-¿Quieres ir a por tus cosas?

-¿Qué cosas? -La joven se puso en pie-. Confío en que Lance Dune pueda conseguirme un nuevo cepillo de dientes.

-Habrás suministros higiénicos en la nave, por supuesto. -En el fondo, North envidiaba la habilidad de los miembros de TechnoPrime para sortear toda clase de pullas-. ¿Estás lista, entonces?

-Lo estoy.

-Perfecto. Desbloquearemos tus créditos mientras estés en el Nautilus, así que pórtate bien. Seguirás llevando el visor, te ayudará a evaluar tus progresos. -El alcaide Paget sonrió y, acto seguido, se dirigió a los soldados prime-: Llévala a la pista de aterrizaje. Ahora mismo voy a contactar con el Nautilus para que vengan a recogerla. No deberían tardar más de quince minutos. -Volvió a contemplar a North-. Ya están en el Sistema Solar. Le dije al capitán que aceptarías.

North, que todavía estaba digiriendo aquel «pórtate bien» cargado de condescendencia, tuvo que reunir todo su aplomo para responder con una inclinación de cabeza.

-Gracias, alcaide -se despidió.

-Es TechnoPrime quien te da las gracias a ti, North. -El hombre se recostó en su butaca de cuero y entrelazó los dedos mien-

tras veía a la chica dar media vuelta y marchar tras los androides hacia la pista de aterrizaje.

No le gustaba la idea de convertirse en una herramienta al servicio de TechnoPrime, pero tampoco tenía alternativa. Además, el recelo que aún sentía al abandonar el despacho del alcaide Paget pronto se vio reemplazado por una agradable sensación de alivio.

Seis meses y una misión. Apparentemente, eso era todo lo que necesitaba para recuperar la libertad. Para volver a la colonia, a casa, y abrazar de nuevo a su familia, a Hayden y a todos los demás.

Antes solo tenía que ganarse la confianza del capitán Lance Dune. No podía ser tan complicado.

